# PROLOGO

## DE LA PRIMERA PUBLICACION *

Las reflexiones que respecto a la violencia ofrezco a los lectores del "Mouvement socialiste" han sido inspiradas por algunas observaciones muy simples vinculadas con hechos muy notorios, y que desempeñan un papel cada vez más preciso en la historia de las clases contemporáneas.

Desde hace mucho tiempo me impresiona ver cómo, al *desarrollo normal* de las huelgas acompaña siempre un importante séquito de violencias. Algunos sabios sociólogos pretenden ocultar este fenómeno, aunque es visible para cualquiera que sepa observar lo que ocurre a su alrededor. El sindicalismo revolucionario alimenta el espíritu huelguista de las multitudes, y no progresa sino allí donde surgen huelgas de magnitud, dirigidas por la violencia. Cada vez más, el socialismo tiende a mostrarse como una teoría del sindicalismo revolucionario, o, también, como una filosofía de la historia moderna en aquella parte que se vio influida por el propio sindicalismo. De todos estos incontestables datos resulta que, para razonar seriamente sobre el socialismo, es menester ante todo preocuparse de averiguar qué papel corresponde a la violencia en las relaciones sociales de la actualidad.[1]

* La primera publicación se efectuó en el "Mouvement Socialiste", el primer semestre de 1906.

[1] En los *Insegnamenti sociali della economia contemporanea* (escritos en 1903 y publicados recién en 1906), ya señalé, aunque en insuficiente medida, el papel que la violencia me parecía tener para asegurar la escisión entre el proletariado y la burguesía (págs. 53-55).

Dudo que este asunto se haya abordado con el cuidado requerido, y espero que estas reflexiones inducirán a algunos pensadores a examinar de cerca los problemas relativos a la violencia proletaria. Es así como recomiendo mis estudios a la *Nueva Escuela* que, inspirándose más en los principios de Marx que en las fórmulas enseñadas por los propietarios oficiales del marxismo, tiende a impregnar las doctrinas socialistas con el sentimiento de la realidad y la seriedad que hace años están necesitando. Y ya que la *Nueva Escuela* se denomina marxista, sindicalista y revolucionaria, no puede aspirar a nada mejor que conocer el exacto alcance histórico de los movimientos espontáneos que se producen en la masa obrera y que pueden proporcionar a los cambios sociales una dirección de acuerdo con las concepciones de su maestro.

*El socialismo es una filosofía de la historia de las instituciones contemporáneas*, y Marx razonó siempre como un filósofo de la historia mientras las polémicas personales no le impulsaron a escribir al margen de las leyes de su sistema. El socialista imagina que se ha transportado a un porvenir muy remoto, lo que le permite considerar los sucesos actuales como elementos de un largo proceso ya terminado, y atribuirles la coloración que quizá podrán tener para un filósofo del mañana. Tal procedimiento supone, en verdad, otorgar una gran importancia a las hipótesis; pero no hay filosofía social, ni consideraciones sobre la evolución, ni siquiera hechos relevantes del presente sin algunas hipótesis vinculadas con lo que vendrá. El presente ensayo tiene por objeto profundizar en el conocimiento de las costumbres, no en discutir méritos o defectos de personas importantes. Hay que buscar cómo se agrupan los sentimientos predominantes en las masas. Las razones de los moralistas respecto a los móviles de las acciones realizadas por ciertos hombres de primera fila, así como los análisis psicológicos de los caracteres, son, entonces, muy secundarios e incluso completamente prescindibles.

No obstante, razonar de esta manera parece más difícil cuando se trata de actos violentos que en otras circunstancias. Es que nos hemos acostumbrado a considerar el *complot* como tipo de la violencia, o como *anticipo de la Revolución*, lo cual lleva



a inquirir si determinados actos criminales podrían considerarse heroicos o, por lo menos, de cierto mérito, atendiendo a las consecuencias que sus autores esperaban de ellos para la felicidad de sus conciudadanos. El atentado individual prestó tan cuantiosos servicios a la democracia, que ésta declaró como prohombres a gentes que, arriesgando la vida, probaron a librarla de sus enmigos. Y tal vez puso tanto fervor al hacerlo porque ya no estaban esos grandes hombres cuando llegó el momento de distribuir los despojos de la victoria. Es sabido que los muertos obtienen más fácilmente la alabanza que los vivos.

Cada vez que ocurre un atentado, los doctores en ciencias ético-sociales que pululan en el periodismo, se arrojan a insignes especulaciones para saber si puede disculparse, y hasta justificarse, el acto criminal desde el punto de vista de una justicia eminente. Toda la casuística, tan reprochada a los jesuitas, se desborda totalmente en la prensa democrática.

No creo inútil señalar aquí una nota que, respecto al asesinato del gran Duque Sergio apareció el 18 de feb. de 1905 en "L'Humanité". El autor no es uno de esos vulgares bloquistas cuya inteligencia es apenas superior a la de los pigmeos, sino una lumbrera de la Universidad de Francia. Lucien Herr es de esos hombres que deben saber lo que dicen. El título, *Las represalias justas*, nos advierte que el asunto será tratado desde el punto de vista de una moral elevada. Es el *fallo universal* [2] el que va a pronunciarse. Escrupulosamente, el autor busca las responsabilidades, calcula la equivalencia que debe existir entre el crimen y la expiación, y se remonta a las faltas primitivas, que han originado en Rusia una serie de violencias. Todo esto es filosofía de la Historia, según los principios más puros del patrón corso: es una psicología de la *vendetta*. Arrebatado por el lirismo del asunto, Lucien Herr concluye, con estilo de profeta: "Y la batalla proseguirá así, entre sufrimientos y entre sangre, abominable y odiosa, hasta el *día ineluctable* y cercano en que el trono mismo, el trono mortífero, el trono que amontona crímenes, se hunda en la fosa abierta hoy". Esta profecía no tuvo

[2] Esta expresión no resulta demasiado grandilocuente si tenemos en cuenta que el autor se ha especializado en estudios sobre Hegel.

cumplimiento; pero el verdadero carácter de estas magnas profecías es el de no realizarse jamás. El *trono mortífero* es mucho más sólido que las cajas de "L'Humanité". Y, a fin de cuentas, ¿qué es lo que todo eso nos enseña?

La función del historiador no consiste en otorgar premios a la virtud, ni proponer la erección de estatuas, ni establecer algún catecismo. Su papel está en *comprender lo que hay de menos individual* en los acontecimientos. Las cuestiones que más interesan a los cronistas y apasionan a los autores de novelas, son las que él deja, voluntariamente, a un lado. Aquí no se trata de justificar a *los violentos,* sino de conocer qué función corresponde a la *violencia de las masas obreras* en el socialismo contemporáneo.

Opino que muchos socialistas plantean mal la tesis de la violencia. Un artículo de Rappoport en "Le Socialiste", del 21 de octubre de 1905 sirve de prueba a la suposición que antecede. Quien como él, escribiera un libro sobre la filosofía de la Historia,[2] se hallaba obligado a examinar con mayor perspectiva el fruto venidero de los acontecimientos; por el contrario, los juzga en su aspecto más inmediato, más mezquino, y, en consecuencia, menos histórico. Piensa que el sindicalismo tiende necesariamente a ser oportunista, y como esa ley no parece darse en Francia, agrega: "Si en algunos países latinos revisten actitudes revolucionarias, son pura apariencia. Chilla con más estridencia, pero sólo para pedir reformas dentro del marco de la sociedad actual. Es un reformismo a puñetazos; pero es siempre reformismo".

Había así, entonces, dos reformismos: uno, el auspiciado por el *Museo Social*, la Dirección del Trabajo, y Jaurès, que actúa con la ayuda de los reparos opuestos a la justicia eterna, y con máximas y mentiras a medias; y otro, que procede con puñetazos, y que es sólo apto para gentes groseras, no tocadas todavía por la gracia de la suprema economía social. Las buenas gentes, los demócratas adictos a la causa de los Derechos del Hombre y de los Deberes del delator, y los sociólogos bloquistas, estiman

[2] Ch. Rappoport: *La philosophie de l'histoire comme science de l'évolution.*



que la violencia va a desaparecer con el adelanto de la educación popular, y entonces recomiendan que se intensifiquen los cursos y las conferencias. Indudablemente, esperan ahogar al sindicalismo revolucionario en la saliva de los profesores. Es muy singular que un revolucionario como Rappoport, coincida con las buenas gentes y sus acólitos sobre la apreciación del sentido del sindicalismo. Esto sólo puede explicarse si se admite que los problemas relativos a la violencia han permanecido hasta ahora muy oscuros para los socialistas más cultos.

No hace falta que se examinen los efectos de la violencia partiendo de los resultados inmediatos que puede producir, sino de sus consecuencias lejanas. No hay que preguntarse si ofrece a los obreros de hoy más ventajas directas que una hábil diplomacia, sino inquirir qué es lo que resulta de la introducción de la violencia en las relaciones del proletariado con la sociedad. No comparamos ambos métodos de reformismo, sino que queremos saber lo que significa la violencia presente en relación con la futura revolución social.

Muchos no dejarán de vituperarme por no haber dado ninguna indicación útil y adecuada para esclarecer la táctica. ¡Nada de fórmulas, no más recetas! Pero entonces, ¿para qué escribir? Los perspicaces dirán que estos estudios míos están dedicados a hombres que viven fuera de las realidades diarias del verdadero movimiento; es decir, fuera de las redacciones periodísticas, de los charladeros políticos o de las antesalas de los financieros socialistas. Los que se convirtieron en sabios dándose fricciones de sociología belga, me acusarán de inclinarme preferentemente a la Metafísica y no a la Ciencia.[3] Estas apreciaciones no me conmueven casi ya que mi norma más constante es prescindir de las apreciaciones formuladas por quienes cifran el *summum* de la sapiencia en la común frivolidad y admiran sobre todo, a los hombres que hablan o escriben sin pensar.

También los prohombres del positivismo acusaron a Marx de hacer metafísica de la economía política en *El Capital*: causaba

[3] Mi predicción se ha cumplido, pues en un discurso pronunciado en la Cámara (11 de mayo de 1907) Jaurès me llamó, sin duda irónicamente, "el metafísico del socialismo".

asombro "que se hubiera limitado a un simple análisis crítico de los elementos evocados en vez de formular recetas".[4] Pero el reproche no pareció conmoverlo mucho puesto que en el prefacio de su libro le informaba al lector que no determinaría la posición social de ningún país, y que se limitaría a buscar las leyes de la producción capitalista, "las tendencias que se manifiestan con férrea necesidad". No se necesita un gran conocimiento de la Historia para advertir que el misterio del movimiento histórico es sólo inteligible para quienes se colocaron fuera de las agitaciones superficiales. Los cronistas y los actores del drama no ven lo que más tarde será juzgado esencial y por ello puede formularse esta regla aparentemente paradójica: "Para ver lo de adentro hay que estar afuera".

Al aplicar tales principios a los sucesos contemporáneos nos exponemos a pasar por metafísicos, pero esto carece de importancia, *car nous ne sommes pas à Bruxelles, savez vous, saistu, pour une fois.*[5] Más al no querer contentarse con juicios informes creados por el sentido común, se impone seguir procedimientos contrarios a los de los sociólogos, quienes logran una notable reputación, por parte de los tontos, merced a una cháchara insípida y confusa. Hay que situarse resueltamente por fuera de las aplicaciones inmediatas, dedicándose sólo a elaborar nociones. Y hacer a un lado todos los prejuicios caros a los políticos. Espero que se reconozca que no he faltado a esta regla. A falta de mejores cualidades, tienen estas reflexiones un mérito que no ha de discutírsele: es evidente que están inspiradas en un apasionado amor a la verdad, que hoy por hoy resulta una cualidad bastante rara: los bloquistas lo desprecian profundamente; los socialistas oficiales le atribuyen tendencias anárquicas; los políticos y sus lacayos se ven faltos de injurias

[4] *Le Capital*, trad. franc., tomo I, p. 349.

[5] Algunos camaradas de Bruselas tomaron a mal las anteriores inocentes bromas, que, sin embargo, no retiro. El socialismo belga es conocido en Francia, principalmente por Vandervelde, personaje molesto, si los hay y que, no consolándose de haber nacido en un país harto reducido para su "genio" viene a darnos en París conferencias sobre muy variados temas. Cabe censurarle, entre otras cosas, el obtener buenos provechos de cualquier asuntillo. En la *Introduction à l'économie moderne* (págs. 42-49), expuse lo que pensaba de él.



para insultar suficientemente a los miserables que prefieren la verdad a los factores del Poder.

Pero aún quedan gentes honradas en Francia, y sólo para ellas escribo.

A medida que adquiría mayor experiencia, se acrecentaba mi convencimiento de que la pasión por la verdad supera a los mejores métodos en el estudio de las cuestiones históricas, ya que permite romper las envolturas convencionales, llegar al fondo de las cosas y adueñarse de la realidad. No hubo ningún gran historiador que dejara de ser arrebatado por esta pasión y, si bien se mira a ella se le deben tantas venturosas intuiciones. No intento mostrar aquí cuanto pudiera decirse respecto a la Violencia y, menos aun concretarla en una teoría sistemática. Me he limitado a compilar y revisar la serie de artículos insertos en una revista italiana, "Il Divenire sociale"[6] que defiende la buena causa allende los Alpes, contra los explotadores de la credulidad popular. Escritos sin un plan de conjunto, no he intentado rehacerlos por ignorar cómo podría darle un aspecto didáctico a semejante exposición de ideas.

Me pareció mejor, pues conservarles su desordenada redacción, considerándola más a propósito para evocar ideas. Cuando se tratan asuntos mal conocidos, debe tenerse cuidado de delimitar los cuadros de manera harto rigurosa, pues con ello nos expondríamos a prescindir de numerosos hechos nuevos que las circunstancias hacen surgir. ¡Cuántas veces no despistó la Historia contemporánea a los teóricos del socialismo! Construyeron fórmulas magníficas, bien acuñadas y simétricas, pero que no podrían concordar con los hechos, y antes que desecharlas, optaron por declarar que los acontecimientos más graves eran simples anomalías a las que la Ciencia debe dejar a un lado para comprender de veras el conjunto.

[6] Los cuatro últimos capítulos tienen mayor desarrollo del que les diera en el texto italiano y así pude concederles mayor espacio a las consideraciones filosóficas. Los artículos italianos fueron reunidos en un folleto que se intitula: *Lo sciopero generale e la violenza,* y lleva prefacio de Eurico Leone.